





LA NOVELA AMERICANA CINEMATOGRAFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne

Director

AÑO I

NÚM. 10

Un chico complaciente

Excelente asunto

Interpretado por

Lois Moran y Edmund Lowe

Es una producción **F O X**

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Postal-regalo: **JOAN CRAWFORD**

Ediciones **BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona





Un chico complaciente

Argumento de la película

No hay peor calamidad que el tener demasiado dinero.

Eso podría atestiguarlo, a pesar de no ser más que un mocoso de seis años, el heredero de la casa solariega de Dodsworth, en la Avenida de Dodsworth, Villa de Dodsworth, Condado de Dodsworth.

El niño era Heriberto Lytell Dodsworth, tan simpático como desagradables los servidores que le rodeaban, llenándole de atenciones, de reverencias, de tonterías.

No le permitían salir nunca solo, pero el chiquillo, travieso como tal, y con un ansia terrible de volar, burlaba la vigilancia de su adusta institutriz y correteando por el parque de la regia mansión, buscaba a una gentil amiguita con la

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

que se llevaba muy bien, tan bien, que los días que no podía verla estaba triste, muy triste, como si le faltase algo para vivir con tranquilidad, algo tan necesario para la existencia como el sol, el agua.

La amiguita del aristocrático Heriberto era Leticia, hija única de unos modestos propietarios de Dodsworth, gente sencilla y apreciada por todos, por su bondad a toda prueba.

Heriberto se había enamorado de Leticia, porque la encontraba muy hermosa, más bonita incluso que a las hadas que pintaban en los libros que le permitían leer. Parecía una muñeca, con sus largas trenzas caídas sobre su pechito, unas veces y, otras veces, sobre su espalda. Además, tenía un modo de mirar y un modo de sonreír... ¡Ah! Por ver sonreír a Leticia, Heriberto sería capaz de andar seis kilómetros a pie por guijarroso camino. Empezaba, a los seis años, a querer emular a los grandes amadores de la Historia, aunque no tenía referencias de ellos, es decir, tan sólo por intuición.

Leticia gustaba de la compañía de Heriberto, y lo que le sucedía a éste cuando no la veía, venía a ocurrirle a ella respecto a él.

Decididamente, se buscaban, se deseaban, habían nacido el uno para el otro.

Pero, siempre, siempre, sin la menor excepción, sus entrevistas eran interrumpidas por una voz

ingrata, severa, odiosa: la de la enjuta institutriz:

—¡Señorito Heriberto!

¡Qué ironía! ¡Qué crueldad!

¡Lamar señorito a un mocoso de seis años!

¡Quitarle a un niño el mayor encanto: su infantilidad!

¡Desposeerle, sin derecho, por soberbia nada más, del título más dulce del mundo, cambiándoselo por el de "señorito"!

¡Ah! Querían que fuese hombre antes de tiempo. Iban contra la ley natural. Avasallaban todos los principios morales. Le convertían, más que en señor, propiamente dicho, en un siervo de la etiqueta, del orgullo y de la ambición. Era un infeliz y apenas tenía seis años. Mal empezaba su vida.

Leticia miraba a su amiguito, cada vez que la institutriz aparecía en lo alto de la escalera que conducía a la casa desde el jardín, para llamarle con marcadísima acritud, para amedrantar, aunque muy respetuosamente, al chiquillo, con cara de piedad, apenándola el que estuviese tan vigilado y, más que eso, porque la vigilancia, nadie mejor que los niños sabe arreglárselas para burlarla, el que se viese obligado a obedecer a una mujer tan rigurosa, que no tenía nada que ver con su sangre, que no era ni remotamente pariente suya, que era, sencillamente, una intrusa, una extraña,

asalariada para que cuidase de que el tierno árbol subiese derecho, muy derecho, tan derecho como ella, que no osaba bajar la vista para no detenerla en un plebeyo, de tan alta como ella se creía.

Muchas veces Heriberto estuvo tentado de romper con aquella semiesclavitud, y se lo dijo a Leticia; pero pudo siempre más la autoritaria voz de la rugosa institutriz.

Sin embargo, cierto día, el muchacho, hastiado de la vida que le hacían llevar, dijo a su amiguita:

—Si no me dejan en paz, huiré, me cortaré estos bucles que me molestan tanto y que me dan aspecto de niña, y haré muchas barbaridades más.. ¡Esto no es vivir!

Y decía esto último, comparando la relativa libertad que tenía Leticia con el aherrojamiento en que se desenvolvía su existencia.

Pero la voz de la educadora se hizo oír de nuevo, y el ánimo de Heriberto decayó, como si hubiese recibido un puñetazo en plena mandíbula y no deseara exponerse a recibir otro, que lo dejaría definitivamente fuera de combate.

Así, pues, se separó de Leticia, lamentándolo en el alma, pero prometiéndole volverse a reunir con ella tan pronto como pudiera dar media vuelta sin que le viesen; y siguió a la Miss, que lo era, y, por cierto, de las más rancias, en todos los sentidos que tenga la palabrita.

Como otras veces, la institutriz tuvo que reprocharle su tesón en desatender sus indicaciones:

—No debe usted jugar con esa niña. No es de su clase. ¡Acuérdese de que usted es un Dodsworth!

Y el niño, un tanto atemorizado por la forma seca con que se expresaba la rígida mujer, callaba; pero en su interior una voz le decía que nada ni nadie podía impedirle que se tratase con Leticia, porque los sentimientos de uno son de uno mismo, de nadie más.

Parecía mentira que un chiquillo pensara así, pero es que el sentimiento de la rebeldía contra un acto injusto late en nosotros desde que nacemos, y gracias a él nos hacemos hombres, nos creamos un carácter.

El tiempo de Heriberto tenía pocos, levísimos lapsos de diversión. Un Dodsworth no podía perder el tiempo. Un Dodsworth se debía al estudio, para ser más que ninguno de sus semejantes. Un Dodsworth tenía que codearse con monarcas y lo mejor de la sociedad selecta.

Las horas de clase eran un martirio para el muchacho. ¿Por qué se empeñaban en meterle tanta y tanta materia en la cabeza, si estaba más para los juegos que para la retención de notas históricas, geográficas, filosóficas y jeroglíficas?

Los graves profesores estaban allí, al lado del distinguido alumno, para cumplir con su obligación, y el chiquillo se veía abrumado, aburrido, fastidiado, y poco, muy poco, le costaría mandarlos a todos con viento fresco, renunciando a los millones de sus padres para escoger una vida tranquila, como la de Leticia, sí, y al lado de Leticia, donde se hallaba en la gloria.

Cierta tarde, mientras Heriberto, resignado, como un galeote, escuchaba a uno de sus profesores, en tanto que los demás esperaban que les tocase el turno de marearle, unos niños de la vecindad, pobres de dinero, pero más ricos que él en alegría, se acercaron al parque de la señorita residencia y le hicieron señas para que los viese.

Heriberto levantó la vista hacia donde los niños estaban apostados y al verlos, sonrió, no pudiendo, además, dominar el impulso de reunirse con ellos.

Los chiquillos iban cargados con aparejos de pesca, pues se dirigían al río a pescar truchas.

Al ver el gesto de su educando, la institutriz le envolvió en una tremenda mirada, capaz de empañar el fulgor solar, y le dijo, a guisa de consuelo:

—Usted no debe codearse con esos pilluelos... Además, le sobra a usted dinero para comprarse todos los peces de todos los ríos y de todos los mares.

Y a eso llamaba la institutriz educar bien a Heriberto, el heredero de los Dodsworth.

* * *

Fué pasando el tiempo. Cada día se hacía más difícil burlar la vigilancia de la institutriz.

Raramente, pues, podían verse Heriberto y Leticia.

Los dos niños sufrían con las ausencias de sus agradables entrevistas, en que jugaban como locuelos, revolcándose sobre el césped del parque al pretender ambos apoderarse a un tiempo mismo de una pelota que se lanzaban entre gritos de júbilo, y cuando podían verse, siquiera de lejos, en sus ojos, más que el brillo de la dicha, había la humedad de las lágrimas.

Y pasaron seis años, y cierta mañana, sin que ella hubiese recibido aviso de ello, Heriberto partió, acompañado de su institutriz, hacia otro lugar, lejos, muy lejos.

La intención del jovencito era correr a abrazar a su amiguita; pero, como si los que le rodeaban lo presintieran, no le dejaron un momento solo; por lo que su anhelo quedó sepultado en su pobre corazón de niño millonario sin libertad, sin felicidad, sin nada, porque el dinero sin alegría es una

losa que aprieta el cerebro, amenazando aplastarlo.

Sin embargo, la Providencia, que juega al escondite con los enamorados—aunque no con todos, desgraciadamente—, quiso que Leticia, por casual coincidencia, se hallase contemplando el camino acodada en la valla que delimitaba la propiedad de sus padres, cuando Heriberto acertó a pasar junto a la casita.

El corazón del mocito le brincó en el pecho, emocionado, como si quisiera huir al de Leticia, para unirse al suyo y no separarse jamás.

Leticia, por su parte, sintió un profundo temor. Heriberto partía. ¿Qué haría ella sin él? ¿Cuándo le volvería a ver?

La institutriz miraba a Heriberto, no osando sermonearle tanto como seis años atrás, y en sus miradas había la indicación de que se sirviera ordenar al cochero que prosiguiese el camino.

Pero Heriberto no quiso acceder a aquella petición sin despedirse de Leticia.

—Adiós, mi buena amiguita... Me marcho...

—¿Adónde vas, Heriberto?

—Me llevan a Europa para acabarme de... educar.

—Pero si ya estás bastante educado!

—Me queda aún mucho que aprender.

—¿Cuándo volverás, Heriberto?

—No sé... Pero jamás me olvidaré de ti... y algún día regresaré...

¡Algún día! ¡Cuándo, cuándo sería ese día!

El coche reanudó la marcha, y mientras en el corazón de Leticia repercutía el chocar de los cascos de las caballerías con el firme suelo, como si quisieran destrozar su víscera vital, en el fondo del vehículo, blando, acogedor, un mocito, un hombre ya, bebía en la fuente del dolor... tragándose, para que no tuvieran que reprocharle su llanto, unas lágrimas...

Y unos años se sucedieron a los otros, sin que Leticia supiera nada de Heriberto, ni éste de ella.

El espíritu del heredero de Dodsworth se fué amoldando, a fuerza de imposiciones por parte de sus educadores, al ambiente en que en adelante debía desenvolverse, y el romántico Heriberto de los seis a los doce años, se convirtió en un joven glacial, indiferente, sin fibras, sin nada, porque tanto estudio y tanta etiqueta habían anquilosado sus sentimientos, como si éstos fueran vulgares articulaciones.

Más de una vez, y más de mil veces también, pensó Heriberto en Leticia; pero no se atrevió a escribirla. ¿Qué le diría? Ella sabía cuánto la quería, y a él, que había aprendido a tener palabra de rey, palabra de honor, le bastaba haber

dicho a la adorable amiguita que volvería, para que lo hiciera.

Sí, volvería a Dodsworth. No sabía cuándo, pero volvería. Y entonces vería a Leticia, y entonces habría llegado la ocasión de demostrar que la seguía amando, porque nunca había dejado de amarla.

Leticia tenía fe en Heriberto. Presentía que él había de volver por ella, y esperaba, negándose a hacer caso a los pollitos que revoloteaban a su alrededor, tratando de picotear en sus labios, para "comérsele" el corazoncito.

Ella sería la esposa de Heriberto, y no estaba bien, ni medio bien, que la futura compañera de un señor tan importante como el señor don Heriberto flirtease con otros jóvenes.

Los años habían convertido a Leticia en una maravillosa mujercita, delgadita y bajita como una niña. Era ya mujer y seguía siendo una muñeca.

¿Qué diría Heriberto cuando la viese?

* * *

Un buen día, uno de esos días que hacen época, un caballero se dispuso a tomar posesión de su patrimonio.

La prensa local se ocupaba de tan sensacional

acontecimiento, anunciando en grandes letras de molde el suceso, y en las calles, en balcones y en la estación había un gentío enorme y las más variadas colgaduras.

Pero había una personita que estaba más alegría que ninguna. Era Leticia. Porque el caballero que estaba al llegar, no era sino Heriberto.

El Ayuntamiento en peso se hallaba en el andén de la estación, con todos los vivos, digo con todas las fuerzas vivas de la localidad, y fuerzas menos vivas también, tales como agrupaciones, gremios, comisiones de obreros, colegios y cuanto tenía un valor altamente representativo.

No podía ser de otro modo, tratándose de un personaje tan extraordinario como Heriberto, el último Dodsworth, cuya fortuna era fabulosa.

Entre los concejales y el alcalde se hallaba un buen hombre, mártir del deber, que esperaba anhelante estrechar la mano de Heriberto. Era Cirilo Cooper, el encargado de la administración de los bienes de la casa Dodsworth. Tenía cerca de sesenta años, y desde la edad de quince batallaba con los números en las oficinas de la casa solariaga. Se merecía el retiro, pero, fiel como un perro, no quería dejar su ocupación, que era, al fin y al cabo, su vida, aunque defendiese intereses ajenos.

De pronto, Cirilo dijo al alcalde:

—Don Heriberto es dueño de todo el pueblo;

pero de todos modos, le agradaría tener la llave.

Y mostró a todos una fenomenal llave de plata, símbolo de poder. El alcalde le haría entrega de la misma con gran pompa.

Entre el público estacionado en el andén, se encontraba Leticia, con una amiga, a la que decía en aquel momento, con gran ilusión:

—Apenas puedo estar quieta de lo emocionada que me siento... y apostaría a que a Heriberto le pasa lo mismo...

La amiga la miró con cierto aire burlón, no pudiendo creer que un hombre de tantos merecimientos como Heriberto estuviese dispuesto a casarse con una muchacha humilde, a pesar de haberla querido en la niñez. ¡Se piensan tan poco las cosas en la infancia!

Al fin, el tren entró en agujas, y, al poco, apareció la elegante figura de Heriberto en el marco de la portezuela del coche de lujo.

Sonaron nutridos aplausos y oyéronse estentóreos vivas.

Leticia no sabía si reír o llorar, y para no equivocarse hacía las dos cosas.

Heriberto, rígido, impenetrable, con un aire un tanto aburrido, avanzó entre el gentío.

El Ayuntamiento se le echó encima, y lo que más le cargó a Heriberto fué el discurso del alcalde... terminado con la llave.

Heriberto, sin sonreír con el alma, sino con los

labios, por lo que más bien parecía que hacía muecas, iba repartiendo saludos, y murmuró:

—Me encuentro encantado de estar aquí... y renovar antiguas amistades.

Leticia le esperaba con un ramo de flores.

Cirilo acercóse a Heriberto y, humildemente, se puso a sus órdenes.

—Probablemente, no se acuerda usted de mí... Soy Cirilo, Cirilito, como me llamaba usted cuando nadie nos oía, el encargado de su oficina.

—Sí... sí... recuerdo... Me alegro... me alegro...,

Pero hablaba sin alegría, como forzado. Indudablemente, lo habían cambiado mucho. No parecía el mismo.

Al llegar a la altura de Leticia, ésta, adelantando unos pasos, le ofreció cariñosamente el ramo de flores, y Heriberto, tomándolas, se las dió a Cirilo, para que, junto con la llave del pueblo, las llevase a la casa; y siguió su camino, después de decir a Leticia, a la que no había reconocido: por no haberse dignado mirarla:

—Gracias, niña.

Ni qué decir tiene que la gentil mocita tuvo un gran desengaño. ¿Qué significaba aquello? ¿Es que la desdifiaba? ¡Oh! ¡Aquel no era el Heriberto que ella conoció!

La amiga aprovechó la ocasión para burlarse de Leticia:

—Yo creía que Heriberto y tú érais novios

desde la infancia. ¿Cómo es que no te ha conocido. ¿Habéis reñido?

—No, no hemos reñido; y ya verás lo que voy a hacer con ese presumido. Como yo me lo ponga, cae a mis pies, me los besa y le dice a todo el mundo que iba durmiendo, cuando no me vió.

Y Leticia se trazó un plan de venganza de aquel desdén.

* * *

Ya en su casa, su lujosa, extremadamente lujosa y severa morada, Heriberto dejóse caer, fatigado, hastiado, en un sillón, y Cirilo, que le había acompañado, le dijo, deseoso de ponerle pronto al corriente de todos los asuntos:

—El testamento exige que permanezca usted aquí y preste atención personal a sus múltiples intereses.

Heriberto bostezó, aunque no era muy aristocrático el hacerlo, y, prescindiendo de ocuparse de intereses materiales, escuchó a su corazón y preguntó a Cirilo:

—¿Conoce usted, por casualidad, a una joven llamada Leticia Ewing?

—Sí, señor. Es la joven que le dió el ramo de flores en la estación.

—¡Cómo!—exclamó, saltando del sillón.

—La misma, señor, la misma.

—¿Dónde podré encontrarla? Todo lo demás tendrá que esperar.

—Mire usted... Tiene un salón de té en la calle Sycamore.



...dejóse caer, fatigado, hastiado, en un sillón...

—¿Un salón de té?

—Sí... desde que murieron sus padres. Lo instaló con el pequeño capital que le dejaron sus deudos y creo que el negocio marcha bien, porque frecuentan el establecimiento muchos jóvenes ricos.

Sin esperar más explicaciones, Heriberto diríose a la calle donde se hallaba el salón de té y restaurante de Leticia, pero ésta no se hallaba en él en aquellos momentos.

—¿Dónde puedo encontrarla ahora, señorita?— preguntó a la ayudanta de la amada, y que era la amiga que se burlara de Leticia en la estación.

—La señorita Leticia está en el Country Club, con sus amistades.

Heriberto murmuró un débil: “¡Gracias!”, y a paso ligero, con prisa por ver a Leticia, encaminoése al Country Club, lugar concurrido a aquella hora por numerosa juventud, deseosa de cuestionarse al compás de movidos charlestons, ese baile que agita los cuerpos humanos como si fueran hojas de palmera en pleno vendaval.

Halló a Leticia rodeada de pollitos. Sintió celos. ¿Es que la mocita no era seria?

Leticia fingió no verle y alegróse infinitamente de que él hubiese acudido allí. Eso demostraba que la quería y que estaba tratando de reconciliarse con ella, pidiéndole perdón por no haberla saludado delante de todos, efusivamente, en la estación.

Pero, aunque llegase humilde, Leticia, que había visto que Heriberto no era Heriberto, sino un cuerpo planchado con almidón, estaba decidida a

darle una lección, pero una buena lección. Y empezó por darle celos.

Hablabá con todos los muchachos, que no dejaban de extrañarse del cambio de actitud tomado por ella con ellos, y, luego, prescindiendo en absoluto de la presencia del rígido millonario, tan rígido ahora como lo había sido su institutriz durante su infancia, se puso a bailar sola un charleston, que puso al descubierto una buena parte de sus adorables piernas y demás alturas. Al ver aquello, Heriberto sintió vértigo, y tuvo que apoyarse para no caer. ¡Señor, ya no era una niña aquella Leticia, porque... porque, vaya cosas!

Leticia siguió haciendo diabluras, y, al fin, Heriberto, poniéndosele delante como un bobo, le preguntó:

—Leticia, ¿no te acuerdas de mí?

Fría, muy fría, como una ducha de agua ídem después de un baño caliente, Leticia repuso:

—Sí que te conozco, Heriberto... Has estado ausente, ¿verdad?

—¡Ya lo creo que he estado ausente, mujer!

En aquellos instantes, reunióse con la peña de amigos, de la que formaba parte Leticia, un joven de simpático porte, tipo de atleta y sonrisa de niño. Era muy amigo de Leticia, pero no le llevaba a ella amor de los sentidos, sino cariño de hermano.

Leticia le saludó calurosamente, exagerando in-

cluso la nota para dar celos a Heriberto, y el recién llegado le dijo, tuteándola, pues se conocían del tiempo de Heriberto:

—Dame tus parabienes... ¡Pesqué el atún!

La gente joven aplaudió a rabiar. ¡Bravo! ¡Ahí era nada, pescar el atún!

Leticia exclamó, mirando a Heriberto:

—¡Qué maravillosa hazaña la de Arturo Burdette! ¡Ha pescado el atún! ¡Es todo un hombre!

Heriberto, aturdido, manifestó:

—Interesante... muy interesante...

Pero, para sí, se decía que era una estupidez llamar gran hombre a un sujeto que pesque un atún.

Leticia, adivinando lo que pensaba, añadió:

—El Club del Atún es una organización a la cual no puede uno pertenecer, si no hace otra cosa que bostezar, señor Dodsworth.

Y, antes de que él reaccionase, gritó a sus amigos:

—La fiesta proseguirá en mi establecimiento. Hay que animar aquello un poco, para que despañe todo el té y las pastas de hoy.

Desde aquella misma tarde, Heriberto fué un cliente más del establecimiento de Leticia.

Todas las mañanas iba a desayunar allí, para verla, y por las tardes, a la hora del té, no faltaba nunca, llegando siempre el primero. Pero Leticia empeñada en hacerle pagar el desdén de

que la hizo objeto en la estación, y decidida a hacer desaparecer de él la patina de orgullo que lo cubría, haciéndolo antipático en lugar de agradable, como siempre había sido, le daba celos y desdén sobre desdén.



...llegando siempre el primero.

Los negocios comerciales no le interesaban. Primero celebraron las sesiones en un salón de la señorial mansión, reservado a tan importantes actos, mas luego, como él no podía vivir sin ver continuamente a Leticia, reunió a los consejeros en el establecimiento de la amada, dedicándose a comer más que a tratar de tal o cual cuestión.

Una tarde, llegó al salón de té el joven de la localidad que pescara unos días atrás el atún que le daba derecho a considerarse todo un hombre.

Leticia lo tomó aparte y le dijo, señalándole a Heriberto, a quien él conocía de antiguo, pero con el que no estaba dispuesto a tratarse, en vista de lo orgulloso que se había vuelto, como si no quisiera tener el menor trato con los humildes:

—Haz que Heriberto se sienta contento... Ha estado ausente tanto tiempo, que ahora se siente como un extraño entre nosotros.

El joven se acercó a la mesa que ocupaba el millonario, lo saludó, charlaron un rato, y, como tenía prisa, aquél inició la partida, diciéndole a Heriberto:

—Queremos verte en la Cámara de Comercio... donde se reúnen los hombres enérgicos, emprendedores, optimistas... en fin, los ciudadanos de peso.

—Sí... sí...

—Adiós... Estaré en tu casa esta noche, a las ocho, y hablaremos.

Le dió un golpe en el pecho, en señal de amistad, y desapareció.

Heriberto, que no sonrió al recibir el golpe, sino que se tambaleó, porque resultó fuerte, dijo a Leticia, que lo observaba, anhelando que se transformara en un hombre tratable, asequible:

—¿Por qué me habrá pegado en el pecho ese vendedor de pescado?

Le llamaba así por haberle oído decir que había pescado el atún.

—Ese joven es el director de la Cámara de Co-



Le dió un golpe en el pecho...

mercio. Supongo que le conoces... aunque tú no seas ya aquel Heriberto de antaño.

—¿Por qué lo dices? Lo que pasa es que no todo el mundo sabe distinguir.

—Bueno... ¿qué quieres ahora?

—Mírame, mujer... Quiero que te cases conmigo.

go. Siempre te he querido, desde pequeños... ¿te acuerdas?

—Sí, pero...

—¿Cómo es posible que titubees? Piensa en lo feliz que puedo hacerte.

—Pero, hablando francamente, Heriberto: tú no tienes otra cosa que dinero.

—Sí... ¿Y qué? Mejor para ti y para mí.

—No quise decir eso. Heredaste cuanto tienes de tus antepasados. ¿Qué has hecho tú... por tu propio esfuerzo?

—¿Qué querías que hiciera? Me he instruído... es decir, me han instruído...

—Te has pasado la vida perdiendo el tiempo, y a mí me gustan los hombres de acción... Mira, ahí tienes el ejemplo de Arturo Burdette, el pescador del atún. Es pescador... orador... filántropo...

—Eso no es nada, mujer... Cualquiera puede pescar atunes, echar discursos, ser filántropo.

—Así me gusta que pienses... pero que lo hagas también.

—¡Claro que sí! Voy a hacer todas esas sim-
plezas que tanto te hacen admirar a ese *genio*...

—A ver si será verdad...

—Tengo palabra... Y cuando regrese, haz que Burdette se vista de ramilletera... porque me voy a casar contigo.

—Ya hablaremos de eso.

La primera hazaña de Heriberto fué solicitar

el ingreso en la Antigua y Honorable Orden de los Osos Tropicales, para tener ocasión de pronunciar un discurso ante una selecta concurrencia, ávida de oír cómo se expresa un millonario que no sabe qué hacer con su dinero.



...le compró un gorro...

Cirilo, que, como hombre ordenado, ya pertenecía a la citada Orden, se encargó de presentar al nuevo asociado, y, como se trata a un niño, le compró un gorro como los que usaba la agrupación, ya que a él no se le había ocurrido comíárselo.

Heriberto se presentó ante sus compañeros, pero

a las primeras de cambio se cortó, y, para no hacer el ridículo, se retiró por el foro, pretextando que no se encontraba bien, debido a la emoción de hallarse en su tierra natal después de tantos años de ausencia.

Este primer fracaso, pues nadie creyó en lo de la brusca indisposición, decepcionó a Leticia; pero, y eso era lo principal, no desanimó a Heriberto, quien se lanzó seguidamente, en vista de que no servía para orador, a probar fortuna pescando atunes.

La segunda hazaña fué muy movida, y al final de la misma, Heriberto, resignándose con su nuevo fracaso, empezó a ver claro en las cosas de la vida. Ser orador es más difícil de lo que parece. Ser pescador y, en particular, pescar el atún, que tiene mucha resistencia y que pone a prueba durante largo rato, tirando de él, al pescador que le ha clavado el arpón, es, asimismo, dificilísimo, y ni una ni otra cosa se pueden conseguir con dinero, sino con inteligencia y condiciones físicas, respectivamente.

No le quedaba más que salir airoso en la tercera hazaña, para no quedar con tremenda desventaja ante Leticia, al compararlo con Arturo.

Y probó la filantropía.

El infeliz no sabía una cosa, porque no sabía nada, y era que es muy difícil saber quiénes son

los necesitados y los que lo fingen, para vivir a espaldas de los incautos.

Cirilo le acompañaba. Visitarían todo el pueblo, para enterarse de la vida que llevaban ciertas familias numerosas.

Al pasar por una estrecha calle vió en el arroyo varios muebles desvencijados y a una mujer con una niñita llorando al contemplar su pobre ajuar sin cobijo.

El nuevo filántropo se apiedó de aquella mujer y de la inocente hijita, y arregló el asunto, que fué facilísimo de arreglar, porque él era dueño de aquella casa, como de todas las casas del pueblo.

Siguió adelante. De pronto, oyó el llanto de una criatura de pecho. Era horrible oír los berrinches del angelito. ¿Qué le sucedía? ¿Acaso se estaba muriendo, y la madre, fresca como las rosas, chismorreaba con alguna vecina?

Sí. Eso. Y sin vacilar, penetró en la habitación donde se hallaba llorando desesperadamente el rostro, cogió a éste, y lo sacó a la calle, buscando a la "desnaturalizada" madre que abandonaba así a su hijito.

El nene obsequió al filántropo con un gracioso "pipí", y la madre, al ver que un desconocido se llevaba a su hijito, se puso a chillar como un energúmeno:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Secuestrador!

Se arremolinó una barbaridad de gente, y, entre todos, dejaron nuevecito al filántropo, por haber intentado robar al niño.

Acudió un policía y la cosa no pasó a mayor.

Cirilo y el filántropo quedaron a solas con el policía. Este preguntó:



—¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué ha ocurrido?

Y Cirilo, tomando la palabra en nombre de Heriberto, puso al corriente al agente de lo que se había propuesto el millonario, con tan mal resultado.

Indiscutiblemente, Heriberto tenía buena voluntad, pero no suerte.

Siguió adelante, decidido a renunciar a exponer su piel de aquel modo, y al pasar junto a dos hombres de aspecto patibulario, éstos, para burlarse de él, se libraron a ciertos sonidos con la boca, y Cirilo, disgustado, volvióse y les increpó de esta suerte:

—¡Ustedes no pueden tirarle trompetillas a don Heriberto en presencia mía!

—¡Qué chistoso es el viejo! —dijo uno de los hombres. Y empujó a Cirilo, quien cayó al suelo.

Heriberto parecía no tener nervios, pero la salvajada cometida por aquellos hombres con su viejo amigo, los despertó violentamente, y, a pesar de la lección recibida hacía poco por la muchedumbre exaltada, dirigióse hacia los dos truhanes y les plantó cara.

Los dos hombres se echaron a reír y le empujaron como a Cirilo; pero les salió la criada respondona, porque Heriberto, irguiéndose en hombre, dejando a un lado su empaque de gran señor, se lió a puñetazo limpio con ellos y los dejó molidos para un rato largo.

Cirilo, no volviendo de su asombro, no cesaba de exclamar:

—¡Maravilloso! ¡Archimaravilloso! ¡Así se pega, Heriberto!

Estaba tan entusiasmado, que se comió el *don*.

Este no hacía ya la menor falta. Aquel que luchaba por defender a un viejo, a un amigo, a un semejante, el que no establecía diferencia de clases, aquel era el verdadero Heriberto.

Pero éste estaba triste. Al felicitarle Cirilo, él le contestó:

—Temo que Leticia no querrá saber nada de mí...

* * *

Cirilo se encargó de poner a Leticia al corriente de lo ocurrido, y la muchacha, resistiéndose a creer lo que el buen viejo le contaba de Heriberto, sentía latir desacompasadamente su corazón.

—¡Se portó como un héroe, Leticia, como un gigante! Yo le aseguro a usted que mi señor oculta bajo su capa de indiferencia, de aburrimiento, un alma generosa que necesita de alguien que la guíe, que no la deje hundirse en la pasividad.

Leticia comprendió, estaba de acuerdo con Cirilo, y su único afán era reunirse con su amado.

Pero...

Pero Heriberto, con la amargura de su fracaso en las tres empresas que se había propuesto llevar a cabo, se había marchado.

Unas horas después, en la plataforma posterior de un expreso, Heriberto, contemplando con melancolía el paisaje, que se iba alejando, alejando, como si fuera un corazón que se perdiese en el

infinito, llevóse un pitillo a la boca y buscó cerillas en sus bolsillos. No llevaba. No podía fumar. Pero un vecino le ofreció lumbre, y al aceptar la fineza, Heriberto vió que el vecino era una mujer y que ésta no era otra que Leticia.

—¡Tú! ¿Qué haces aquí?

—Estoy haciendo el viaje más importante de mi vida. ¿Y tú?

—Yo el más doloroso. El viaje del fracaso.

—Fracaso? ¿Por qué llamas fracaso a lo que te ha sucedido? Has hecho todo lo que estaba de tu parte... y eso es lo que cuenta.

—¡De veras, Leticia. ¡Te das por satisfecha con mi buena voluntad?

—Naturalmente. Además, ninguna mujer podría soportar un pescador y un Castelar en combinación.

—¡Alma mía! ¡Me siento otro!

—No. Eres Heriberto, pero con el corazón lleno de alegría. ¡Eres mi Heriberto!

Se abrazaron con dulzura, y, de súbito, él murmuró a la amada:

—Pensaba si habrá un clérigo en el pueblo cercano...

Y ella, guiñándole un ojo, repuso, estrechándose más y más contra él:

—No temas. Le avisé por telégrafo y nos estará esperando.

FIN

Gran éxito de

La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

No se olvide de

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Le interesa

30 cts.

La Novela de la Modistilla

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

